

La democracia no sobrevive solo con votos

La democracia atraviesa una paradoja singular: alcanza una extensión inédita mientras exhibe una fragilidad creciente. Votamos, elegimos gobiernos, debatimos públicamente defendemos derechos. Sin embargo, en numerosos países recen la polarización, la desconfianza institucional, el debilitamiento del espacio público y la sensación de que la convivencia democrática se erosiona silenciosamente desde dentro.

El último libro (póstumo) del filósofo español Rafael Alvira, *El dogma democrático* (Rialp, 2024), ofrece una reflexión lúcida sobre esta contradicción. Su tesis central es provocadora: la democracia no puede sostenerse únicamente sobre procedimientos, normas o mayorías. Necesita algo anterior y más profundo: una sociedad civil viva, moralmente fuerte y culturalmente cohesionada.

Durante décadas, buena parte de Occidente asumió que la democracia liberal era casi un mecanismo autosustentable. Bastaría garantizar elecciones periódicas, división de poderes y libertades individuales para asegurar estabilidad política. Pero, las instituciones no sobreviven por sí solas. Dependen de ciertas virtudes humanas y culturales que no pueden producirse mediante decretos ni procedimientos administrativos. La democracia requiere ciudadanos capaces de anteponer, al menos parcialmente, el bien común al interés inmediato. Necesita confianza social, sentido de pertenencia, responsabilidad personal y disposición a colaborar con otros. Cuando esas bases culturales se debilitan, la democracia comienza a vaciarse, aunque formalmente siga funcionando.

Por eso, la principal amenaza contemporánea no es solamente el autoritarismo político clásico, es también el individualismo radical. Una sociedad donde cada persona se repliega exclusivamente sobre sus intereses privados termina minando aquello que hace posible la libertad compartida.

Sin vínculos sólidos

—familia, comunidades intermedias, asociaciones, vida cultural, tradiciones comunes— el espacio público se fragmenta. Entonces la política deja de entenderse como búsqueda imperfecta de un bien común y se transforma en mera confrontación de deseos, identidades o resentimientos.

En ese vacío cultural suelen emerger dos fenómenos simultáneos. Por una parte, ciudadanos crecientemente aislados y desconfiados. Por otra, Estados cada vez más expansivos, llamados a resolver problemas que antes eran abordados por la propia sociedad civil. El resultado final puede ser incoherente: individuos aparentemente más autónomos, pero sociedades mucho más endebles y dependientes.

Alvira plantea, además, una idea particularmente incómoda para nuestro tiempo: la democracia necesita cierta “aristocracia” moral y cultural. No una aristocracia hereditaria o económica, sino personas capaces de asumir responsabilidades, servir al bien común y resistir la lógica del puro interés propio. Sin liderazgos éticos, la democracia degenera fácilmente en populismo, tecnocracia o administración de emociones colectivas.

Álvaro Pezoa

Director Centro Ética y Sostenibilidad Empresarial, ESE Business School, Universidad de los Andes

Hipérboles y polarización

Magdalena Browne
Decana
Escuela de Periodismo y Comunicaciones UAI



A casi 70 días del inicio del nuevo gobierno, partidarios y opositores no han menguado el tono estridente y efectista tan propio de la última campaña electoral. Ya asumido, el Ejecutivo siguió hablando de “país en quiebra” y “urgencias”; la oposición, por su parte, avanzó “tsunamis” de indicaciones e intentó construir un mando dicotómico de ricos versus pobres. No solo la “luna de miel” del gobierno duró poco; también el período inicial de su administración sin fuertes confrontaciones. En ambos lados, ha costado calibrar los niveles del discurso y generar un clima proclive al diálogo.

Este estilo de hacer política, que se reforzó tras el estallido social y los ensayos constitucionales, no da tregua al oponente y, al momento de formular diagnósticos y promesas, sobreevalúa las exageraciones e “hipérboles” —como reconoció el propio Presidente Kast—. Eso no es inocuo. Aunque permita ganar elecciones, a la larga esas maneras desacreditan a la política en su conjunto y alimentan la polarización.

Hoy, la polarización afectiva en Chile se sitúa en su nivel más alto tras elecciones presidenciales en casi una década —6,7 puntos en una escala de 1 a 10—, de acuerdo con el estudio longitudinal realizado por LEAS UAI y el Comparative National Elections Project (CNEP), publicado por **La Tercera**. Entre los 10 países medidos, Chile presenta el segundo mayor nivel de polarización afectiva, superado solo por Estados Unidos. A diferencia de ese país, en Chile la polarización muestra un patrón sinuoso: recién a partir de 2021 se observa un aumento sostenido (Segovia, 2022), y se combina con fragmentación, desafección política y baja identificación partidaria (Cox et al., 2025).

Al inicio de un nuevo gobierno, se espera un momento de mayor tranquilidad y unidad, pero los datos de LEAS-CNEP muestran que esta vez la polarización no se detuvo con el cierre del proceso electoral: iniciada la nueva administración, esta tendencia creció, especialmente entre quienes votaron por Kast y por Lara.

La inquietud por este fenómeno no puede minimizarse. Altos grados de polarización pueden socavar las bases de la democracia en una doble dimensión. A nivel institucional, cuando los actores no se reconocen mutuamente como un legítimo “otro”, se profundiza la desconfianza hacia las instituciones y se abre espacio para movimientos antidemocráticos (Torral, 2023). En materia de eficacia, una mayor polarización obstaculiza la deliberación democrática, dificulta el procesamiento de diferencias, el alcance de acuerdos y la capacidad del sistema para entregar soluciones a los problemas de la ciudadanía.

El clima de descrédito mutuo alimenta un círculo perverso que, en los últimos años en Chile, se ha expresado en dificultades para construir consensos y realizar grandes transformaciones. En ese escenario, la intención de avanzar al ritmo deseado por el gobierno en su proyecto “mega reforma” enfrentará no solo un camino con más ríos de lo que el diseño original supuso, sino también el riesgo de que una inadecuada conducción del debate expanda los ya altos niveles de polarización.

La democracia no sobrevive solo con votos

Álvaro Pezoa
Director Centro Ética y Sostenibilidad
Empresarial, ESE Business School,
Universidad de los Andes



La democracia atraviesa una paradoja singular: alcanza una extensión inédita mientras exhibe una fragilidad creciente. Votamos, elegimos gobiernos, debatimos públicamente y defendemos derechos. Sin embargo, en numerosos países crecen la polarización, la desconfianza institucional, el debilitamiento del espacio público y la sensación de que la convivencia democrática se erosiona silenciosamente desde dentro.

El último libro (póstumo) del filósofo español Rafael Alvira, *El dogma democrático* (Rialp, 2024), ofrece una reflexión lúcida sobre esta contradicción. Su tesis central es provocadora: la democracia no puede sostenerse únicamente sobre procedimientos, normas o mayorías. Necesita algo anterior y más profundo: una sociedad civil viva, moralmente fuerte y culturalmente cohesionada.

Durante décadas, buena parte de Occidente asumió que la democracia liberal era casi un mecanismo autosostenible. Bastaría garantizar elecciones periódicas, división de poderes y libertades individuales para asegurar estabilidad política. Pero, las instituciones no sobreviven por sí solas. Dependen de ciertas virtudes humanas y culturales que no pueden producirse mediante decretos ni procedimientos administrativos.

La democracia requiere ciudadanos capaces de anteponer, al menos parcialmente, el bien común al interés inmediato. Necesita confianza social, sentido de pertenencia, responsabilidad personal y disposición a colaborar con otros. Cuando esas bases culturales se debilitan, la democracia comienza a vaciarse, aunque formalmente siga funcionando.

Por eso, la principal amenaza contemporánea no es solamente el autoritarismo político clásico, es también el individualismo radical. Una sociedad donde cada persona se repliega exclusivamente sobre sus intereses privados termina minando aquello que hace posible la libertad compartida.

Sin vínculos sólidos —familia, comunidades intermedias, asociaciones, vida cultural, tradiciones comunes— el espacio público se fragmenta. Entonces la política deja de entenderse como búsqueda imperfecta de un bien común y se transforma en mera confrontación de deseos, identidades o resentimientos.

En ese vacío cultural suelen emerger dos fenómenos simultáneos. Por una parte, ciudadanos crecientemente aislados y desconfiados. Por otra, Estados cada vez más expansivos, llamados a resolver problemas que antes eran abordados por la propia sociedad civil. El resultado final puede ser incoherente: individuos aparentemente más autónomos, pero sociedades mucho más débiles y dependientes.

Alvira plantea, además, una idea particularmente incómoda para nuestro tiempo: la democracia necesita cierta “aristocracia” moral y cultural. No una aristocracia hereditaria o económica, sino personas capaces de asumir responsabilidades, servir al bien común y resistir la lógica del puro interés propio. Sin líderes éticos, la democracia degenera fácilmente en populismo, tecnocracia o administración de emociones colectivas.

LT latercera.com

Declaración de Intereses en www.gruposocopena.cl/declaracion
Impreso en Santiago por Copepo S.A.

Acción a suscripciones en su versión virtual <http://suscripcionvirtual.latercera.com>



SANTIAGO DE CHILE | AÑO 77

SU OPINIÓN IMPORTA
Envíe sus opiniones al contenido de cobertura del diario a lector@latercera.com

Envíe sus cartas, con una extensión máxima de 1400 caracteres con espacio a Email-correo@latercera.com.
La Tercera se reserva el derecho a editar los textos ajustados conforme a los estándares editoriales, en particular respecto a la exigencia de un lenguaje respetuoso y sin discriminaciones. Las cartas recibidas no serán devueltas.

ESPACIO ABIERTO

Sobre mentiras y tonterías

Javier Sajuria
Profesor de Ciencia Política
Queen Mary University



Harry Frankfurt, el fallecido y cedebe filósofo de Princeton, escribió hace más de 20 años uno de sus ensayos más famosos: “On Bullshit”. En la obra, Frankfurt distingue entre las mentiras y las bullshits, que en español podríamos traducir simplemente como tonterías (hay palabras más oscuras, pero se entiende el punto). En su visión, toda mentira parte desde el reconocimiento de que existe una verdad, pero que se busca que sea ignorada o desacreditada. La intención de los mentirosos es que los otros no conozcan la verdad, pero lo hace conociéndola y no ignorándola. En cambio, las tonterías tienen un punto de partida distinto. Quienes las ocupan buscan conseguir algo y, para lograrlo,

les da lo mismo si lo que dicen es cierto o no. A diferencia de las mentiras, las tonterías no tienen ningún respeto por la verdad; quienes las ocupan no les interesa saber qué es real, simplemente conseguir su objetivo. Frankfurt concluye el texto diciendo que las tonterías son más peligrosas que la mentira. En un mundo rodeado por desinformación, cometer a la verdad en irrelevante es peor que tratar de ocultarla.

Después de una semana llena de declaraciones, queda la duda de si el gobierno ha caído en el pecado de mentir o decir tonterías (o metáforas e hipérboles, que pareciera ser la explicación). Lo primero fue la controversia por los distintos recortes en beneficios sociales, los que el mismo Presidente y su entorno prometieron no tocar durante la campaña. Dada la premura e ímpetu con que han promovido esas mismas medidas, y la displicencia con que han ignorado las advertencias, ahora me queda la duda de si lo que hicieron fue mentir o simplemente ignorar la verdad con el fin de ser electos.

Una misma sensación queda con las declaraciones del Presidente sobre su meta de expulsar 300 mil migrantes. El Presidente no sólo se rió en la cara de sus votantes que le creyeron, tratándolos de ignorantes por no

entender una metáfora (aunque más bien el ignorante fue el Presidente, ya que confundió metáfora con hipérbole), sino que además trató de hacernos creer que la verdad no existe, que él nunca dijo lo que dijo y que no había que tomarlo en serio. Asimismo, a pesar de que hubo varias advertencias en campaña de que lo que prometían era imposible, siguieron haciéndolo sin culpa ni remordimiento. De nuevo, ¿mentira o tontería?

Un último capítulo es la indicación del gobierno, que obliga a servicios de salud y educación a informar datos personales de personas en situación migratoria irregular. El subsecretario Pavez salió a explicar que lo que se busca no es que se reporten los datos, sino que se responda a la solicitud que hagan las autoridades migratorias. Ante la obvia pregunta de si esto no podría generar miedo en familias que no quieren acceder a atención de salud o llevar a sus hijos al colegio (ambos derechos garantizados en la constitución), el subsecretario simplemente dijo que “no creían que se generara ese efecto”. Como si la evidencia de políticas similares en EE.UU., en las que familias no llevan a sus hijos al colegio para evitar ser deportados, no fuera real. De nuevo, ¿son estas mentiras, tonterías, o simplemente impericia?